

prometeréis no volver á la triste casaca de la calle del Templo... porque vivo en ella.

— Vos, monseñor!... ¿habláis de veras?

— Y tanto, marquesa... es una habitación muy modesta, que no me cuesta más que docientos francos al año; y además seis francos mensuales libre y espontáneamente ofrecidos á la portera, á madama Pipelet, á aquella horrible vieja que ya conocéis. Mas por vía de compensación tengo por vecina á la costurera más linda del barrio del Templo, á la señorita Alegría; y convendréis conmigo en que para un dependiente de una casa de comercio (porque yo soy dependiente de un comercio) no es pequeña fortuna...

— Vuestra presencia inesperada en aquella casa fatal me prueba que habláis formalmente, monseñor... sin duda os ha conducido allí alguna acción generosa ¿Pero qué papel habré de desempeñar yo? ¿á qué buena obra queréis destinar-me?

— Á la de un ángel de consolación, y (perdonadme lo que voy á deciros) á la de un diablo astuto y sutil... porque hay heridas tan delicadas y dolorosas que solo puede curarlas la mano de una mujer; y hay también desgraciados tan soberbios, tan adustos y tan disimulados, que se necesita una rara penetración para descubrirlos, y un encanto irresistible para ganar su confianza.

— ¿Y cuando podré ejercitar esa penetración y esa habilidad que me reconocéis? — preguntó con impaciencia la marquesa.

— Creo que muy pronto tendréis que hacer una conquista digna de vuestro valor; pero tendréis también que emplear los recursos más maquiavélicos.

— ¿Cuándo me confiaréis ese gran secreto?

— Ya empiezan las citas... ¿Podréis concederme el honor de recibirme de aquí á cuatro días?

— ¡Tanto tiempo!... — dijo sencillamente Clemencia.

— ¿Y el misterio? ¿y el qué dirán? Considerad que si nos tuviesen por cómplices desconfiarían de nosotros; pero acaso tendré que escribiros... ¿Quien es aquella mujer de edad que me ha llevado vuestra carta?

— El sigilo y la discreción en persona; es una camarera antigua de mi madre.

— Entonces á ella dirigiré mis cartas y os las entregará; y si os dignáis responderme, poned el sobre *Al señor Rodolfo, calle de Plumet*. Vuestra camarera echará las cartas en el buzón.

— Yo misma las echaré, monseñor, cuando salga á dar mis paseos á pie.

— ¿Salís muchas veces sola y á pie?

— Casi todos los días cuando hace buen tiempo.

— Muy bien. Es una costumbre que todas las mujeres deberían adoptar desde los primeros meses de casadas. Ello es que la costumbre existe ya... con buenas... y con malas intenciones... Es un *precedente*, como dicen los curiales;

y así sucede que andando el tiempo esos paseos habituales no dan jamás motivo á peligrosas interpretaciones... Si yo hubiese nacido mujer (y confieso francamente que había de ser muy caritativa, pero también muy ligera de cascos), al día siguiente de mi boda hubiera empezado á hacer mis excursiones misteriosas con el aire más inocente del mundo... Me habría rodeado de las apariencias más sospechosas para establecer el *precedente* de que os he hablado, á fin de poder visitar el día menos pensado á algún pobre infeliz ó á algún amante, sin inspirar recelos á nadie.

— ¡Qué perfidia, monseñor! — dijo sonriendo la de Harville.

— Felizmente, marquesa, nunca os habéis hallado en el caso de comprender la sabiduría y la utilidad de esta previsión...

La marquesa de Harville dejó de sonreír, bajó la vista y se cubrió de rubor.

— No sois generoso, monseñor.

Rodolfo la miró con sorpresa, y luego dijo:

— Ya os entiendo, señora... Pero, antes de nada veamos cuál es vuestra situación con respecto á ese Mr. Carlos Robert; y vaya un ejemplo: Supongamos que una de vuestras amigas os hace ver uno de esos mendigos que inspiran lástima y que hacen gala de tener los ojos lánguidos, y que alquilan media docena de chiquillos para conmover el corazón de los transeúntes. Vuestra amiga os lo recomienda exagerándoos su miseria, diciéndoos que tiene la mujer ciega, sorda y muda, y no sé si algo más. ¡Infeliz! exclamáis dándole limosna, y cada vez que pasáis por aquel punto apenas os descubre cuando sus ojos imploran ya vuestra compasión, toca á los chicos para que le hagan coro, y al paso que os vais acercando pide en tono más lastimero, y mientras tanto cae vuestra limosna. Un día en que os habéis compadecido hasta lo sumo por lo que os ha dicho la amiga, que abusa malignamente de vuestro buen corazón, resolvéis visitarla sin que os contenga el aspecto de tanta miseria; pero llegáis á su casa, y no hay voz doliente, ni miradas lánguidas, ni chiquillos, ni mujer ciega, sino un tunante, que está cantando un estribillo tabernario. En el acto á la compasión sucede el desprecio. ¿No es así?

— Madama de Harville no pudo menos de eírse al oír este singular razonamiento y contestó:

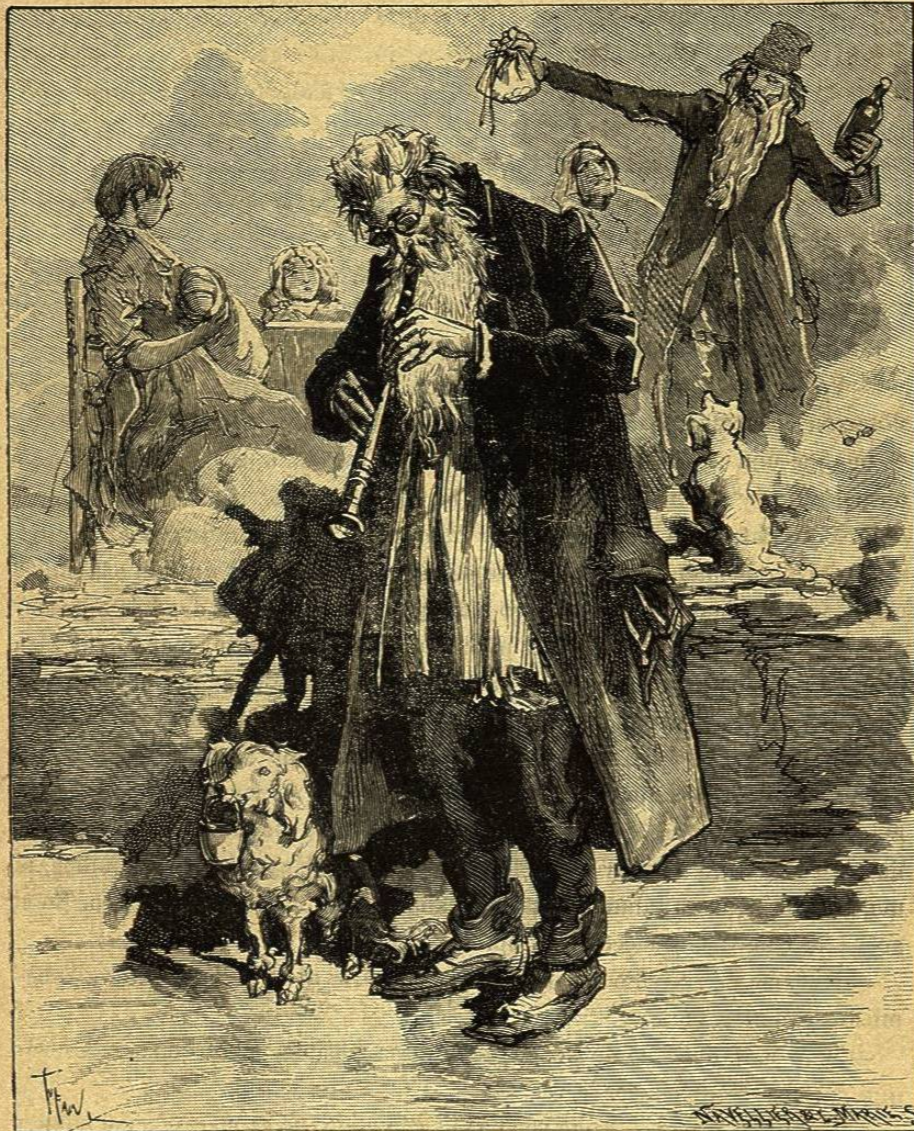
— Por más que cuanto acabo de oír sea posible, paréceme, monseñor que es muy fácil conocer la verdad.

— En último término lo que vos habéis cometido, no es más que una noble y generosa imprudencia, que no vale la pena de que os inquietéis por ella, teniendo en cuenta los muchos medios que tenéis de repararla; pero decidme ¿no podré esta noche ver al marqués?

— No, monseñor; porque la escena de esta mañana le ha afectado tanto que está enfermo.



— Lo comprendo, dijo Rodolfo; pero tened buen ánimo; faltábale á vuestra vida un objeto, y una distracción á vuestros pesares; y yo creo que hallaréis esa distracción en el porvenir de que os he hablado, y entonces vuestra alma



Uno de esos mendigos que inspiran lástima.

experimentará tan dulces consuelos que no quedará lugar en ella para el resentimiento que hoy sentís contra vuestro esposo. Sentiréis por él un interés semejante al que os inspira vuestra hija, y en cuanto á ésta, puesto que sé la causa del que-

brantamiento de su salud, casi me atrevo á deciros que tengáis alguna esperanza.

— ¿Es posible, monseñor? dijo la marquesa juntando las manos y con una indecible expresión de alegría.

— Mi médico es un hombre poco conocido, pero muy sabio; ha estado mucho tiempo en América y recuerdo que me ha dicho que curó á dos ó tres esclavos que padecían esa enfermedad horrorosa.

— ¡Ah monseñor! ¿sería posible?

— No confiéis demasiado, porque el desengaño sería cruel, y por ahora lo único que podemos hacer es no desesperar enteramente.

Clemencia miraba el rostro de Rodolfo con una inefable expresión de agradecimiento; pero ¡qué mucho, si era casi un rey el que la consolaba con tanta gracia, tanta bondad y tanta cordura! Entonces más que nunca se preguntaba á sí misma cómo era posible que Mr. Carlos Robert la hubiese interesado.

— ¡Cuánto os debo, monseñor! dijo con voz conmovida: vos me tranquilizáis; me hacéis esperar en la curación de mi hija, y entrever un nuevo porvenir. ¿No tenía yo razón cuando os he escrito que si queriais venir esta noche acabaríais el día como lo empezasteis?

— Y añadid, señora, que es una buena acción de las en que mi egoísmo se complace, tiene mil atractivos, y mil encantos; y al decir esto se levantó, porque acababan de dar las once y media.

— Adiós, monseñor; no dejéis de darme muy pronto noticias de esas pobres gentes de la calle del Templo.

— Las veré mañana por la mañana, ya que desgraciadamente me había olvidado de que el muchacho cojo os robó la bolsa, y de que esos infelices se hallan quizás en el último apuro. Recordad que dentro de cuatro días vendré á ponerlos al corriente de vuestro papel. Tan sólo debo advertiros que tal vez será indispensable un disfraz.

— ¡Un disfraz! ¡qué placer! ¿y cuál, monseñor?

— No puedo deciroslo todavía; pero desde ahora os anticipo que la elección será vuestra.

Al regresar á su casa aplaudía el príncipe el efecto que su conversación con madama de Harville había producido. El objeto era bien conocido: procurar una ocupación generosa para el alma y el corazón de esa joven á quien una aversión invencible separaba de su marido; despertar en ella cierta curiosidad romántica, cierto interés misterioso fuera del amor, para satisfacer las necesidades de su corazón y de su alma y ponerla á cubierto de un amor nuevo. Digámoslo de otro modo: inspirar á Clemencia de Harville una pasión tan profunda é incurable, y tan pura y noble al mismo tiempo, que aquella mujer incapaz de experimentar un amor menos noble, no comprometiese el reposo del marqués de Harville, á quien Rodolfo amaba como un hermano.